

A media tarde recibió el correo don Alejandro; y en el correo, nueva carta de su sobrino Nacho, fechada la víspera en la ciudad. Debía llevar en ella, por su cuenta, dos días y medio. ¿Le anunciaría ya la salida para Peleches?... ¡Pues en temple estaba el horno para aquella clase de rosquillas! ¡Canástoles, qué lío! Leyó la carta, que era breve, y se le cayó de las manos convulsas.

«Según noticias de buen origen — decía el mejicanillo — que acabo de recibir, mi alojamiento en Peleches podría originar grandes contrariedades á mi prima, cuyos entretenimientos y placeres, autorizados y consentidos sin duda alguna por usted, son incompatibles con la presencia continua de un extraño que hasta pudiera suscitar recelos de cierta especie en el afortunado conquistador de los entusiasmos de Nieves. Como no tenía la menor idea de estas cosas y se aproxima la hora de emprender la marcha que le anuncié á usted en mi carta anterior, le pido la merced de una declaración explícita sobre lo indicado, para saber á qué atenerme antes de salir de aquí, ó

para no salir con ese rumbo, si hasta este sacrificio fuere necesario en bien de ustedes, y particularmente de mi encantadora prima.»

Don Alejandro Bermúdez permaneció un buen rato como descoyuntado sobre la silla en que se sentaba, con la cabeza gacha y mirando la carta, que estaba á sus pies, hasta con el ojo huero.

De pronto se sintió poseído de una comezón irresistible; recogió de una zarpada el funesto papel; y estrujándole con los dedos temblones, salió de su gabinete á todo andar en busca de Nieves que estaba en el saloncillo.

— Entérate de esa carta que acabo de recibir, — la dijo poniéndola en su regazo. — Otra prueba más de lo injusto que estoy siendo con tus buenos amigos, y dime después que te enteres de ella, qué contestación he de darla.

También á Nieves, que ya se había alarmado no poco al ver el continente de su padre, le tembló la carta entre las manos; primero por zozobra, y después por indignación. Ésta le prestó fuerzas; y con la

ayuda de ellas pudo decir á su padre, devolviéndole al mismo tiempo la carta de su primo:

— Esto es una infamia, y nada más.

— ¿De quién? — la preguntó su padre dando diente con diente.

— De Rufita González: apostaríala cabeza, — respondió Nieves sin vacilar. — Ya sabes el empeño que tiene en que su primo vaya á vivir con ellas.

— Es posible que no te equivoques, — dijo Bermúdez menospreciando aquel detalle del asunto; — pero ¿por qué sabe Rufita González esas cosas? mejor dicho, ¿por qué han de ser ciertas esas cosas que...? Tampoco es esto, ¿por qué lo que yo me sospechaba viene á confirmarlo Rufita González, ó quien sea el que haya dado la noticia á que se refiere tu primo? Este es el caso, Nieves; este es el caso de importancia para mí. Niega ahora mis supuestos y llámame injusto, y sobre todo, dime qué contestación he de dar yo á ese pobre muchacho.

— Si has de darle la que merece — respondió Nieves con gesto despreciativo, —

no hay que calentar mucho la cabeza para discurrirla.

— A ver.

— Rufita González — prosiguió Nieves muy entera — podrá haber cometido una infamia, disculpable en su mala educación, dando las noticias que le ha dado á tu sobrino; pero ¿con qué disculpará él la trastada de haberte venido á ti con el cuento sin más ni más? ¿Te parece eso á ti rasgo de hombre de fuste, ni siquiera de persona decente?

— Poco á poco, — repuso don Alejandro tomando con entera decisión y completa buena fe la defensa de su sobrino. — Para fallar sobre ese caso, hay que ponerse en lugar de tu primo. Está para llegar á nuestra casa y se le dice que va á servir de estorbo en ella en el sentido que á él le duele mucho, porque cabe que traiga el infeliz sus planes muy acariciados... Pues mujer, ¿qué menos ha de hacer en tales casos una persona sensible y delicada, que preguntar, para evitarse un portazo en las narices: ¿estorbo ó no estorbo? ¿voy ó no voy? Y digo, ¿una persona que viene desde

un extremo del mundo, solamente para eso! ¿Te parece que tiene vuelta el argumento, Nieves? Pues no le tiene aunque otra cosa se te figure. De todas maneras, no se trata aquí de ese particular que, por ahora, es secundario. Mi tema es otro bien distinto, que más tarde ó más temprano había de ventilarse entre los dos, y quisiera yo ventilar ahora mismo, puesto que la oportunidad se nos ha venido á las manos. ¿Estás pronta á complacerme, hija mía?

Nieves, pasando y repasando maquinalmente la aguja con que bordaba, por el cendal finísimo con que cubría su bordado, y la vista perdida en el aire, dió á entender con un gesto y una leve sacudida de sus hombros, que lo mismo le daba.

— Pues á ello, — prosiguió su padre optando por lo que prefería. — Anteayer, aquí mismo y á estas mismas horas, tuvimos una escena que nos dolió mucho á los dos, por un motivo muy emparentado con el de hoy... Yo te acusé entonces, y tú ni confesaste claro, ni negaste, ni tampoco te defendiste; pero dijiste y otorgaste con tu silencio lo suficiente para que yo pudiera

formar juicio de todo, como le formé; y teniéndole por bien fundado, tomé una resolución que tú has calificado de injusta pocas horas hace. ¡Es tan distinto del mío tu punto de vista! Pero es el caso que el otro día nos anduvimos tú y yo, por salvar ciertos respetillos, con paños calientes y figuritas retóricas, y que hoy piden las circunstancias que dejemos esos respetillos á un lado y llamemos las cosas por sus nombres para acabar de entendernos... ¿No te parece así?...

— Como quieras, — volvió á decir Nieves con el mismo ademán y el mismo gesto de antes, pero algo más descolorida y emocionada.

— Pues allá va en plata de ley, — añadió Bermúdez, no muy sereno tampoco. — Entre ese muchacho y tú ha llegado á desenvolverse un... vamos, un afecto, digámoslo así, más... más hondo, más fuerte que el de la amistad...

— ¿Qué muchacho? — preguntó Nieves, casi sin voz y temblorosa, con ánimo de alejar un poquito más la respuesta que se la pedía tan en crudo.

— El hijo de don Adrián... Leto, vamos.

— No sé yo — dijo aquí la pobre niña aturrullada y convulsa — cómo responderte á eso; porque no está bien claro...

— A ver si puedo yo ir ayudándote un poquito, — interrumpió Bermúdez con un gesto, como si mascara ceniza. — Tú eres una jovencuela sin experiencia y sin malicias; y él un mozo que, aunque no largo de genio, al fin ha rodado por las universidades; se ha visto agasajado en Peleches y muy estimado por ti, que no eres costal de trigo; y ¡qué canástoles! hoy una palabrita y seis mañana, habrá ido insinuándose y atreviéndose poco á poco, hasta despertar en ti...

— ¡Él? — exclamó Nieves, reviviendo de pronto por la virtud de aquella injusta suposición de su padre.

— Él, sí, — insistió éste con verdadera saña. — ¿De qué te asombras?

— De que seas capaz de creer eso que dices, — respondió Nieves más serena ya. — ¡Él, que es la misma humildad! Se le había de presentar hecho y aceptado por nosotros todo cuanto tú supones, y no

había de creerlo. Te juro que no me ha dicho jamás una sola palabra de esas, y que ni le creo capaz de decírmela.

— Pues entonces ¿qué hay aquí?

— Y ¿lo sé yo acaso, papá? Tú mismo le has traído á casa; tú mismo me has ponderado mil veces sus prendas y sus talentos; si yo me he confiado á él y le he tomado por guía en unas ocasiones, y por maestro y confidente en otras, por tu consejo y con tu beneplácito ha sido. Tratándole con intimidad y á menudo, como le he tratado delante de ti, casi siempre, he visto que vale mucho más de lo que juzgábamos de él, y que es capaz de dar hasta la vida por nosotros sin la menor esperanza de que se lo agradezcamos. Todo esto sé de él. ¿Tiene algo de particular que yo lo sepa con gusto y que me complazca con el trato de un mozo de tan raros méritos? Pues no hay más, papá, y en eso se estaba cuando me anunciaste la venida del otro.

— Y ahí está el dedo malo precisamente, — replicó Bermúdez arañándose las palmas de las manos con las respectivas uñas. —

Resultó el contraste, y ¡pum!... á la cárcel Nacho.

— Yo no me opuse á que viniera, recuérdalo... y recuerda también lo que te prometí.

— ¿Qué fué lo que me prometiste? porque, á la verdad...

— Te prometí que dejándome libre la voluntad para... esas cosas, jamás me empeñaría en imponértela á ti, aunque me fuera en ello la vida. Pues hoy te repito la promesa, y sin esfuerzo, papá, créemelo. Yo empiezo á vivir ahora, y me encanta esta libertad que gozo á tu lado y entre pocos y buenos amigos. ¡Cómo han de caber en mí otros planes tan contrarios, ni siquiera tentaciones de hacerlos?

— Concedido que no me engañas en eso que dices... ni en nada, porque la condición de veraz tampoco quiso negártela Dios; pero no basta para remate de este condenado pleito. Por lo mismo que careces de experiencia para discernir ciertos achaques del alma, es de necesidad que yo estreche un poco más los argumentos para saber á qué atenerme sobre el particular

de que tratamos. No tienes planes de cierta especie, ni la menor idea de imponerme tu voluntad ni tus caprichos: corriente; pero suponte ahora que yo te digo: es indispensable, absolutamente indispensable, cambiar de vida, de estado... en fin, hija, casarse, porque, de otro modo, ahorcan. Aquí tienes dos aspirantes: tu primo Nacho y Leto. Elige.

— Pues á Leto, — eligió Nieves sin vacilar.

— ¡Muy bien! — dijo su padre dando pataditas en el suelo para desahogar la inquietud que le consumía. — Pues ahora te pongo delante al propio boticario ese, y al mejor mozo, y más rico y más honrado y decente de Sevilla, y te vuelvo á decir: elige.

— A Leto, — insistió Nieves.

— ¡Canástoles! — exclamó don Alejandro en los últimos extremos ya de la congoja que le ahogaba: — ¡qué aberraciones, hombre! Pues ahora te mando elegir entre el propio desastrado farmacéutico y el Príncipe de Asturias, si le hubiera, y soltero y galán... el Emperador de todas las Rusias y del Universo mundo...

— Pues también á Leto...

— ¡Y afirmabas que no había planes, ni...!

— ¡Pero si vas tú dándomelos hechos, papá!...

— Pues arderá Troya, hija... y por los cuatro costados, antes que las cosas vayan por donde no deben de ir.

Mascullando estas palabras se apartó de Nieves sin detenerse á observar el estrago causado en ella por sus nunca vistas destemplanzas.

En parecido temple de nervios le halló poco tiempo después don Claudio Fuertes. Cabalmente llevaba encargo de don Adrián, muy encarecido y casi llorado, de interceder por ellos, de suavizar asperezas, y propósito muy bien hecho de complacer al bendito boticario, por creerlo conveniente y hasta de justicia.

¡En mal hora lo intentó!

— No solamente — le dijo don Alejandro, hecho un erizo — mantengo la resolución tomada el otro día contra ellos, sino que la adiciono con el propósito firme de que en todos los días de su vida vuelvan á poner

los pies en mi casa. Que lo tengan entendido así.

Don Claudio Fuertes no halló modo de calmar la iracundia de su amigo, á quien desconocía en aquel estado, ni siquiera de hacerle soportable ninguna conversación.

Sospechando que preferiría estar solo, despidióse de él á poco de haber llegado, y se fué sin poder averiguar qué nueva mosca había picado al buen señor de Bermúdez

para ponerle tan rencoroso como estaba contra los dos Pérez de la botica, aunque presumiendo que todo sería obra de alguna «franqueza» de Nieves, por el estilo de las de marras.

Dióle mucho que cavilar la racional sospecha; vió las cosas con espíritu sereno y por todas sus caras á la luz de los antece-



dentes que tenía, y sacó en limpio que, saliera pez ó rana en definitiva, era de necesidad, por de pronto, enterar á don Adrián del mal éxito de sus negociaciones, para que Leto, que se hallaría presente, lo tuviera entendido en la correspondiente proporción.

Y se fué derecho á la botica donde, por haber hallado á los dos Pérez solos, les informó, con las debidas atenuaciones de caridad, de lo mal que andaban sus negocios en Peleches.

A don Adrián le faltó poco para desmayarse.



XI

LA TRIBULACIÓN DEL BOTICARIO

MEDIA hora después, con la faz macilenta y alargada, el ojo triste, las rodillas trémulas y la respiración anhelosa, subía el pobre hombre hacia Peleches. El sobrepeso agregado por don Claudio á su cruz, se la había hecho insoportable. No podía vivir así. Formó su resolución con voluntad heroica; y en cuanto llegó el mancebo á la botica, y se marchó el comandante y Leto